

CAPÍTULO V

ESPAÑA.—ESPULSION DE LOS MOROS.

Mientras que el islamismo triunfaba en estos países, sucumbía en otra comarca de Europa. Las victorias del Cid, de San Fernando, del rey Jaime y el brillante triunfo alcanzado en la llanura de las Navas de Tolosa, habían preluído la espulsion total de los moros de España. No obstante, se prolongó mucho la lucha en aquel palenque entre los bárbaros del Norte detenidos por el Océano, y los bárbaros del Mediodía que por el Océano habían sido allí conducidos. Cuando éstos no tuvieron ya que defender la Península toda, sino sólo algunas provincias y un escaso número de ciudades, reconcentradas sus fuerzas, hubo mayor dificultad en destruirlas. En vez de hallarse mezclados con los cristianos y en un estado continuo de desconfianza, les obligaron á abjurar de su fe ó á apelar á la fuga. Por su parte los españoles no toleraron tampoco á los mahometanos, quienes por consiguiente pululaban en las provincias que aun pertenecían á sus hermanos, limitándose últimamente al solo reino de Córdoba, esto es, á los países al sudeste de la Península, protegidos por las alturas de la Sierra Nevada y de la Sierra de Loja.

Semejantes á Anteo sacaban fuerzas los musulmanes de la Libia, cuyos príncipes poderosos les hacían pasar socorros, y siempre con utilidad suma. Es verdad que estos auxiliares llegaban á ser funestos á veces para los dominadores que les habían llamado y á quienes acababan por arrebatarse sus posesiones. Pero el poder que reemplazaba al antiguo, tenía todo el vigor de la novedad, á la par que, por el contrario, los españoles, á medida que adquirían la posesión tranquila de sus provincias, deponían el desnudo de que habían hecho alarde en los momentos de peligro, cuidándose poco de que los musulmanes prosperaran en otras provincias distantes, ó que países, con los cuales

no sabían unirse en una fraternidad nacional, fueran amenazados por sus armas.

Alargóse, pues, la lucha, pero ahora vamos á ver á los diferentes principados cristianos, nacidos de la desmembración de la monarquía mora, formar cuerpo y borrar la ignominia de la servidumbre extranjera.

Navarra.—Olvidada Navarra en medio de sus montañas y casi ajena á la causa nacional de España, había sido llevada por Juana I á los reyes de Francia, quienes la poseyeron hasta el instante en que Juana II alegó sus derechos á la corona, é hizo proclamar rey á Felipe, conde de Evreux, su esposo (1328), otorgando bajo juramento á las cortes diferentes privilegios, como el de no acuñar moneda nueva más que una vez cada reinado; no vender ni empeñar los dominios reales; no confiar más que á indígenas el mando de las fortalezas, y ceder el gobierno á su hijo mayor tan luego como hubiera cumplido veinte años. Felipe peleó denodadamente contra los ingleses en Francia (1349) y mereció ser sobrenombrado el Bueno; pero en su hijo Carlos II, llamado el Malo, se halló la perversidad unida, como para ser más funesta, á los dones del talento y á las ventajas corporales. Después de haber oprimido á sus súbditos y de suscitar turbulencias en Francia, debilitado este príncipe por sus excesos, había mandado que para reanimar sus fuerzas le envolvieran en una sábana empapada en aguardiente, cuando por casualidad se le prendió fuego y acabó sus días de una manera horrorosa.

Carlos III, el Noble (1387), dejó respirar el reino durante una larga paz; y la línea masculina de la casa de Evreux acabó en él (1425); por lo cual pasó la corona con Blanca, su hija, á Juan de Aragon, hijo de Fernando I. Habiéndose negado á la muerte de Blanca, según la constitución

lo prescribía, Juan II á ceder el reino á su hijo Carlos, resultó de aquí entre el padre y el hijo una guerra seguida con varia fortuna. Posteriormente se sucedieron príncipes débiles, hasta el momento en que Fernando el Católico ocupó la parte de Navarra situada al sur de los Pirineos: quedó la otra á la familia soberana antigua, y Juana III de Albret se la llevó en dote á Antonio de Borbon, padre de Enrique IV, quien reunió este país á Francia en 1589.

Portugal.—A la sazón florecía Portugal bajo Dionisio «el Padre de la patria» y de quien el pueblo dice que *hizo cuanto quiso*. Tan generoso y liberal como prudente y activo, amó el saber, compuso versos y fundó la universidad de Lisboa (1308), que fué posteriormente trasladada á Coimbra. Púliose la lengua portuguesa y se escribió desde entonces en este idioma. Dionisio mandó plantar bosques de pinos para detener las arenas que invadían el suelo de Leiria, y organizó la extracción del oro y el hierro de las minas; tomó de los genoveses mejoras para la marina, que pronto debía convertir á los portugueses en el pueblo de más vasta dominación. Cuando el papa suprimió los Templarios, Dionisio quería conservarlos en sus Estados, en consideración á los servicios que había recibido de ellos contra los moros; pero como se opusiera á ello Juan XXII, los hizo ingresar con sus bienes en la Orden de Cristo, cuyos estatutos eran los mismos de la Orden de Calatrava. En suma, tantas medidas excelentes llevó á cabo aquel monarca, que los portugueses refieren á su reinado todas las buenas instituciones, aun las de posterior fecha.

Alfonso IV, hijo de Dionisio (1325), había perturbado con la guerra civil (1) los últimos años de su padre, por celos de su hermano natural Alfonso Sancho, á quien hizo condenar arbitrariamente tan luego como ascendió al trono; pero este príncipe defendió á mano armada su persona y sus posesiones. En otro lugar hablaremos de las guerras de Alfonso IV con Castilla y con los moros, guerras que le valieron el sobrenombre de *Osado*. Pedro, su hijo, se había desposado con Blanca de Castilla; pero habiendo anulado las cortes el matrimonio á causa de defectos corporales de la infanta, resultaron de aquí enemistades con este reino.

Inés de Castro.—Casóse Pedro con Constanza, hija del marqués de Villena y de Escalona, conservando, á pesar de todo, relaciones con Inés de Castro su prima. Habiendo quedado viudo, la tomó por mujer con él mayor secreto. Temerario Alfonso de que desheredase á los hijos de Constanza, le preguntó si se había casado con Inés. Al oír su respuesta negativa quiso obligarle á contraer otro matrimonio: negóse á ello; y su padre, á instigación de sus ministros, les permitió dar muerte á la

que tenía por dama de su hijo. Traspasado Pedro de dolor se rebeló como Alfonso se había rebelado contra su padre (1335); y aunque al celebrarse la paz prometió perdonar á los que habían aconsejado aquel asesinato, apenas ascendió al trono (1357), mandó que les arrancaran el corazón en su presencia y que se tributaran al desenterrado cadáver de Inés honores reales (2): de aquí el sobrenombre de *Cruel* que mereció, no sólo á causa de las víctimas inmoladas á su implacable amor,

(2) El mejor historiador de este tiempo, Fernando Lopez, nada dice de la coronación póstuma de Inés, ni de otras circunstancias poéticas del hecho. Habla solamente de una reparación de honor hecha por don Pedro á aquella con quien había contraído secreto matrimonio. El conde de Barcellos se espresó de esta manera en la asamblea de los Estados y de altos dignatarios: «Amigos, habeis de saber que el rey nuestro señor, hoy reinante, hallándose en el pueblo de Braganza, en vida del rey Alfonso, su padre, tomó por esposa legítima á Inés de Castro, hija de don Pedro Fernandez de Castro, y que ella le aceptó por marido cumpliendo todos sus deberes hasta la hora de su muerte. Como esta union no se publicó en el reino durante la vida del rey Alfonso por causa del miedo que le tenía su hijo, como habiéndose casado sin su orden y consentimiento; por estos motivos el rey nuestro Señor, en el día, para descargo de su alma y para decir la verdad, como tambien para no dejar dudas á algunos que no saben si este matrimonio existe ó no existe, ha prestado juramento sobre los Santos Evangelios y dado fe y testimonio de que las cosas han pasado segun os he dicho. Hallareis la prueba de ello en un acta formada por el notario Gonzalo Perez aquí presente: vereis además las declaraciones del obispo de la Guardia y de Estéban Lobato aquí presentes, que asistieron á este matrimonio (mandó aquí dar lectura de dichas declaraciones). Y como la voluntad del rey nuestro señor es que esto no quede oculto, sino que todos sean informados de ello, para desvanecer las dudas que han podido subsistir hasta ahora, me ha mandado ilustraros de todo, á fin de ahuyentar la sospecha de vuestros corazones. Pero como algunos, en oposicion de lo que os digo y de lo que se os ha leído y declarado, podrían manifestar que esto no tenía valor sin una dispensa, visto el grande impedimento de ser prima del rey nuestro señor, me ha mandado instruiros de todo, presentándoos esta bula, por la cual le permite el papa casarse con cualquiera mujer que fuere, aun siendo parienta mas próxima que doña Inés.»

Respecto del castigo impuesto á los asesinos, el mismo historiador se espresa de este modo:

«Alvaro Gomez y Pedro Coello fueron arrastrados á Portugal y conducidos á Santarem donde estaba el rey don Pedro. El rey, que se complacía en su venganza, se mostró affligidísimo porque Diego Lopez se le había escapado muriéndose. Les hizo poner sin piedad y por su mano en el tormento, queriendo que confesaran hasta qué punto se habían manchado con la muerte de doña Inés, y lo que su padre había maquinado contra ella cuando fueron á cometer el crimen de su muerte. Ninguno de los dos respondió á sus preguntas, y el rey, segun dicen algunos, hirió en el rostro á Pedro Coello, quien le dirigió palabras afrentosas, llamándole felon, perjuro, verdugo. En seguida mandó el rey que les dieran muerte y que les arrancasen los corazones, y dijo al que se los arrancaba que aquel era un *oficio gracioso*.»

(1) Para pacificarle se interpuso Santa Isabel de Portugal, mujer de Dionisio é hija de Pedro de Aragon. 1336.

sino también del rigor con que trató á los eclesiásticos y á los nobles, al paso que se hacía amar del pueblo aliviándole de impuestos y manteniendo la justicia (1367).

Fernando, su hijo, á quien había dejado pacificado el reino y provisto el erario, no tardó en disipar los caudales y en declarar la guerra á Castilla.

Castilla.—Este reino había sido trastornado durante la minoría de Fernando IV, por las rivalidades de las familias de Haro, de la Cerda, de Lara, así como por las pretensiones de muchos príncipes á la corona. Así pues, Dionisio de Portugal, el rey de Aragón y el de Granada invadieron el país, presa de la anarquía, conjurándose la fuerza y la perfidia para perturbar la regencia de la prudente doña María de Molina, y luego el reinado de Fernando. Este peleó con fortuna contra los musulmanes, murió el mismo día que le anunciaron los dos hermanos Carvajales, condenados por él á muerte de una manera arbitraria (1312), lo cual le valió el sobrenombre de *Emplazado*.

Reanimáronse las ambiciones y las rivalidades durante la minoría de Alfonso XI, quien siguió sosteniendo la prudencia de su abuela. Apenas tuvo el poder en sus manos, lo ejerció con tanta dulzura respecto de sus súbditos como de severidad para con las bandas que se habían formado durante las antiguas facciones. Reprimió las nuevas por medio del rigor y de los suplicios. Feliz en sus guerras contra los moros, acababa de poner asedio delante de Gibraltar, cuando murió de epidemia. Con el judío á quien tuvo por ministro de hacienda, empezó el favor que los reyes de Castilla dispensaron á los hombres de esta nación en las cosas concernientes á la administración oponiéndolos á los grandes.

Alfonso había tenido por dama á doña Leonor de Guzman, quien lo dominó hasta la muerte, y de la cual tuvo diez hijos. Pedro el Cruel, su sucesor, mandó que le dieran muerte no bien hubo ceñido la corona (1350). Enrique de Trastámara, uno de dichos hijos, huyó á Aragón con gran trabajo; reunió allí á los descontentos y á los desterrados, cuyo número aumentaba cotidianamente la conducta de don Pedro.

María de Padilla.—María de Padilla, su dama, le enemistó con su madre, le indujo á repudiar á Blanca de Borbon, después de tres días de matrimonio, y le impulsó á librarse de ella á los siete años de encierro. En breve abandonó también á su nueva esposa Juana Fernandez de Castro, para volver á María de Padilla. Sus desmanes suscitaban levantamientos, que le servían de pretestos para cometer otros nuevos; y en su rigor no respetaba ni á su madre, ni á los hijos de su padre; aquellos sobre quienes pudo poner la mano, fueron inmolados, y llegó hasta el punto de mandar servir un banquete en el salón que todavía humeaba con su sangre. Habiendo llegado á pedirle la paz Abu-Said, su competidor al trono de Granada, le hizo dar muerte, á pesar del salvo-con-

ducto que le había entregado, en unión de treinta y cinco personas de su comitiva, para apoderarse de su oro.

Otro Pedro (IV), no menos malo que los otros dos que reinaban entonces en Portugal y en Castilla, y más perverso y pérfido que ellos, ocupaba el trono de Aragón. Declaró la guerra á Pedro el Cruel para vengar al hermano que le había muerto, y entonces el rey de Castilla mató á la cuñada de aquel y á los hijos de Enrique de Trastámara, que mandaba el ejército enemigo.

Duguesclin.—Enrique de Trastámara se lanzó con más ardor á la venganza, ayudado como estaba por los reyes de Francia, de Aragón y de Navarra, y secundado por el intrépido Beltran Duguesclin. Este capitán valeroso, viendo á la Francia desolada por las grandes compañías de aventureros que durante la suspensión de la guerra pública se dedicaban á la privada, se dirigió á sus cuarteles ofreciéndoles una suma de 200,000 florines, con promesa de otra cantidad semejante, si querían acompañarle á una expedición contra los moros, y de paso contra otros. Aceptaron su oferta, y muchos jóvenes nobles, deseosos de probar su valor á las órdenes del tal jefe, se incorporaron á su tropa. Al cruzar por el territorio de Aviñon, envió á pedir al papa perdón de sus pecados y 200,000 florines; se le concedió la primera demanda, y se difirió algún tiempo la segunda; pero al cabo el pontífice tuvo que someterse á ella.

Tan luego como entraron en Castilla proclamaron allí á Enrique (1365), y acosaron vivamente á don Pedro, quien obligado á huir, se refugió primeramente en Córdoba, después en Sevilla, y por último en Portugal donde halló un asilo junto al obispo de Santiago. En recompensa de este servicio le degolló, y apoderándose de sus tesoros se dirigió á Burdeos para implorar el socorro del príncipe Negro, Eduardo de Inglaterra, que hacia á la sazón la guerra á la Francia.

Batalla de Navarrete.—El príncipe inglés abrazó su causa, y al otro lado de los Pirineos se halló de nuevo enfrente de Duguesclin, contra el cual había ya combatido en Francia. Ambos rivales cada uno á la cabeza de cien mil hombres llegaron á las manos en Navarrete cerca de Segovia (1367): don Pedro y los ingleses llevaron la mejor parte, y el ejército castellano apeló á la fuga. Duguesclin resistió solo, apoyado contra el lienzo de un muro: derribó á don Pedro y se dirigió hácia Eduardo: *A lo menos, dijo, no habré vendido mi espada sino al más valeroso príncipe de la tierra.* Vuelto en sí don Pedro, se abalanzó á él y le hubiera dado muerte si el príncipe Negro no hubiera dado muerte á su noble prisionero. Pero no pudo librar al país de las horribles venganzas de don Pedro, ni obtener la ejecución de sus promesas, y se retiró descontento. Habiéndole dicho un día el señor de Albret, «el mundo pretende que reteneis á Duguesclin prisionero, solo por el miedo que le teneis,» le puso enseguida en libertad.

Enrique, que había huido hácia Tolosa, había penetrado con disfraz de peregrino hasta la prisión de Duguesclin: ambos se ocuparon entonces en reunir soldados, y don Enrique, más prudente ó más venturoso que don Pedro, acabó por vencerle á su vez (1368). Preso el rey de Castilla en su fuga fué conducido en su presencia; pero apenas le descubrió, apoderándose de la espada de un soldado se precipitó sobre Enrique, empeñándose una horrible lucha entre los dos hermanos, y Pedro espío con su sangre toda la que había derramado (3).

(3) «Y allí (concluye el impasible Ayala) murió el rey don Pedro el día 23 de marzo del susodicho año... Había dado muerte á muchas personas durante su vida, y por eso le aconteció esta desventura.» *Crónica del rey don Pedro*, página 551.

Don Pedro está representado en los romances con los más negros colores, y bajo un hermoso punto de vista en las tragedias. Sin embargo, existe un romance que indica la diversidad de opiniones que ya entonces había respecto de su persona.

«A los piés de don Enrique
Yace muerto el rey don Pedro,
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasión y contento
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan:
¡Viva Enrique!
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo.
Que nadie verá sus ojos,
Que no tenga al rey por cuerdo,
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino.
Los que con ánimos viles
O con lisonja ó por miedo
Siendo del bando vencido,
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistan y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del maestre,

HIST. UNIV.

Enrique II ascendió al trono de Leon y de Castilla por derecho de conquista, por aclamación popular y por mérito personal; pero el sucesor legítimo hubiera sido Fernando de Portugal (4). Esto es lo que produjo entre los dos reinos la guerra de que hemos hablado anteriormente. Enrique, tan cuerdo como valeroso, empleó las riquezas dejadas por su hermano en pagar á las terribles bandas de aventureros, licenciándolas enseguida. Castigó al rey de Granada, y equipó una escuadra con la cual puso la de los portugueses en derrota. Después de haber incorporado á su reino la Vizcaya, antemural de Navarra y de Gascuña, dirigió nuevamente sus armas contra Fernando, y adelantándose hasta Lisboa, incendió la escuadra portuguesa, prendió fuego á la ciudad, y obligó á hacer la paz á su adversario, así como á poner al servicio del rey de Francia cinco naves equipadas del rey de Francia.

Esta guerra había agotado á Portugal, y empeoraba su situación Leonor Tellez de Meneses, mujer intrigante, que indujo á Fernando á que la diera la mano de esposo, á pesar de haberse sublevado todo el pueblo de Lisboa para estorbar este enlace. Todo se hizo desde entonces por intrigas de la nueva reina, atenta á quitar la vida ó el crédito que pudieran disputarle el mando. Arrastró á nuevas guerras á su débil esposo, deshonor de la corona, salvo su dulzura, como su padre había sido honor de ella, salvo su crueldad.

Pertenecía el trono á la infanta doña Beatriz (1383); pero como se la reputaba adulterina, se presentaron á disputárselo muchos pretendientes, y con más vigor que los demás Juan, hermano natural de Fernando, gran maestre de la orden de Avis. Este, fiándose en el odio que la regente había suscitado, penetra en el palacio, donde asesina á su amante, insurrecciona al pueblo de Lisboa, y hace que se le proclame protector hasta tanto que doña Beatriz haya dado á luz un hijo. Pero llega á la cabeza de un ejército Juan I de Castilla, esposo de la infanta. Es favorecido por la rivalidad de la

La muerte del hijo tierno,
La prisión de doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al rey,
Y mientras que dicen esto,
Los de Enrique, etc.

.....
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso
Como esclava del rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas
Y atrevidos pensamientos, etc.»

(4) Su padre, Pedro el Justiciero, había nacido de Beatriz, hermana de Fernando el Emplazado.

T. VI.—35

nobleza y por la incertidumbre de un nuevo reinado; Leonor le cede la regencia; pero posteriormente, en virtud de nuevas acusaciones, fué encerrada en un convento. Pero en breve obliga á los castellanos una epidemia á emprender la retirada: entonces el gran maestre convoca las cortes en Coimbra, donde el sabio jurisconsulto de Regras, discípulo de Bartolo, demuestra que los derechos de Beatriz son nulos y que los mejores son los del más fuerte; proclamado rey el infante don Juan, da á su dinastía el bautismo con la victoria de Aljubarrota (1385) (5).

Después de haberse apoderado del trono Juan el Bastardo por intrigas, le ocupó dignamente. Rechazó al rey de Castilla, quien continuaba la guerra tan sólo por salvar su honra. Habiendo obtenido dispensa de los votos de gran maestre, contrajo matrimonio con Filipina, hija del duque de Lancaster, de la cual tuvo cinco hijos, todos mencionados por la historia: Eduardo, sucesor suyo; Pedro, duque de Coimbra y de Montemayor, cuya erudición era grande; Enrique, duque de Viseo, gran maestre de los caballeros de Cristo, matemático; Juan, gran maestre de Santiago de Portugal, y Fernando el Santo, gran maestre de la orden de Avis; además Alfonso, hijo natural (6). A fin de que merecieran las espuelas de oro, dirigió una expedición á la costa de Africa, donde se apoderó de Ceuta, guarida de piratas. Con esta conquista empiezan las expediciones marítimas de que hablaremos largamente en el próximo libro, y en que se señaló el príncipe Enrique, inmortalizando su divisa: *Voluntad de obrar bien*.

El nuevo rey hizo traducir al portugués por su canciller Juan de Regras el código de Justiniano, con las glosas de Bartolo y de Accursio, á fin de que pudiera suplir al silencio de las antiguas leyes visigodas, y el cual vino á ser código de Portugal (7). Estableció en Lisboa la capital del gobierno (1422), y abolió la era de España (8). Con una nación inquieta como los portugueses y sobre

(5) Entonces tenían los portugueses la costumbre conservada después por largo tiempo, de hacer, al arrojarle sobre el enemigo, horribles gestos, como para espantarle. La voz de mando de los oficiales era para este caso: *Carra fera ao enemigo*.

La insigne victoria de Aljubarrota era celebrada anualmente por una especie de bacanal, en que un orador exaltaba el valor de los portugueses al mismo tiempo que escarnecía la cobardía de los castellanos, lanzándoles groseras injurias que el pueblo repetía en medio de aplausos y de ahullidos. A propósito de esto dice Mariana: «Algo se ha de perdonar al júbilo que inspira la libertad de la patria.»

(6) La educación é historia de estos príncipes es muy interesante en el *Leal Conselheiro*, obra de Eduardo.

(7) *Ordenanzas del reino de Portugal*. Lisboa, 1512.

(8) Empezaba treinta y ocho años antes de J. C. Fué abolida en Castilla, en 1383, en Valencia, en 1358, en Aragón, en 1359.

un trono usurpado, supo conservar la paz por espacio de cuarenta años en el país y en el seno de su familia. Por su testamento reconoció la representación nacional como inherente al derecho público de Portugal.

Eduardo, que le sucedió (1433), prosiguió tanto las expediciones marítimas como la guerra de Africa. Su hermano Fernando puso sitio á Tanger; pero asediado él mismo por el rey de Fez, quien le tuvo bloqueado entre la ciudad y su campamento, tuvo que capitular por hambre, obligándose á evacuar el Africa y hasta Ceuta. Negáronse las cortes á ratificar el tratado, y el infante dado en rehenes quedó prisionero hasta el fin de su vida (9).

Eduardo, que era de un carácter dulce y amigo de las letras, murió en una epidemia, dejando un hijo de edad de siete años, que fué Alfonso V (1438). Produjeron una guerra civil los disturbios que se suscitaron con motivo de la regencia. En virtud de exhortación del papa Calixto III dispuso una expedición contra los infieles. Habiendo desembarcado en Ceuta tomó á Arzilo (*Julia Constantia*) y á Tanger; pero la ambición le impidió proseguir sus triunfos para alcanzar el trono de Castilla, como esposo de Juana, que debía heredarlo. Desbaratada su tentativa y después de haber sido engañado por Luis XI con vanas palabras, creyó que ya no podía reinar dignamente, y adoptó la resolución de abdicar en favor de su hijo (1477); luego se puso en camino para Jerusalem; pero corrieron en su alcance y le persuadieron á que retornara por no querer su hijo aceptar su abdicación á ningún precio. Entonces se vió obligado á volver á empuñar las riendas del gobierno, y terminó la guerra con Castilla, cediéndosela á la infanta Isabel; por último abdicó de nuevo y murió de la peste (1481), después de haber preparado durante un reinado de cuarenta y tres años los brillantes triunfos de Juan II y de Manuel. Con él terminó la edad media de Portugal, introduciéndose al poco tiempo la libertad clásica en vez de aquella en que habían poetizado todos los reyes que acaban de mencionarse. Alfonso fundó una biblioteca, y quiso que el italiano fray Justo Baldino escribiese la historia portuguesa en latín; además el derecho nacional fué modificado por el romano.

En Castilla Enrique II de Trastámara había dirigido muchas veces sus armas contra la Guyena inglesa y contra la Navarra; pero si Pedro el Cruel había aspirado á fortificarse contra la aristocracia, apoyándose en los oprimidos, en el pueblo, en los judíos y en los musulmanes, Enrique, cómplice de los grandes, no pudo negarles cosa alguna: de consiguiente recuperaron su arrogancia y retardaron la espulsión de los moros. Sin contar su desgraciada expedición de Portugal (1379) tuvo Juan I,

(9) Con el título de *Príncipe Constante* le han cantado los poetas.

su hijo, continuas disensiones con el duque de Lancaster, soberano de la Guyena: sin embargo acabó por afianzar á su familia la corona de Castilla y de Leon, y se decretó que el heredero presunto del trono llevaría á perpetuidad el título de príncipe de Asturias.

El primero que lo llevó fué Enrique III, quien ascendido al trono (1390), se ocupó en consolidar la obra de sus antecesores. Cierta día no encontró nada que comer á su vuelta de caza, y su mayordomo le declaró que no tenía en caja ningún dinero, ni crédito, ni cosa que pudiera empeñarse. Le da su gaban y se dirige á palacio, donde rivalizando en magnificencia, celebraban un banquete los condes de Trastámara, de Villena, el duque de Medinaceli, los Velazquez, los Guzmanes y el arzobispo de Toledo. Oyeles hacer alarde de sus riquezas y de las pensiones que disfrutaban por el tesoro; pero les envía á llamar al día siguiente, y aparece en medio de ellos armado y empuñando su acero. Levántanse todos y él toma asiento: después les interroga alternativamente acerca de cuántos reyes han conocido. Uno contesta que dos, otro que tres; «Y yo, añade el rey entonces, he conocido veinte reyes en Castilla. Si, vosotros sois otros tantos reyes por desgracia del país y en afrenta mía; pero desde este instante habeis concluido de reinar y de burlaros del verdadero rey.» Inmediatamente llama á los verdugos, que llegan fuertemente escoltados. Aterrados los grandes, se postran de hinojos y derraman lágrimas prodigando promesas, por lo cual el rey les perdona. Pero habiendo convocado las cortes en Madrid (1393), les dijo: «Se halla exhausto el tesoro, no hay más que dos maneras de llenarlo; ó imponer nuevas contribuciones, ó revocar las donaciones hechas por mis tutores.» Aplaudió la Asamblea: quedan anuladas las donaciones, el salario militar se disminuye, y son castigados los señores que quieren oponer resistencia á estas reformas. Temerosos los granadinos le prestan homenaje: por último, Tamerlan solicita su alianza. Ciertamente Enrique hubiera dirigido sus armas contra los infieles á no impedirselo su quebrantada salud. Construyó el alcazar de Madrid que fué residencia de sus sucesores.

El reino sufrió grandes trastornos durante la minoría de D. Juan II, á pesar de que su tío Fernando, no menos valiente que generoso, estendía sus conquistas sobre los moros. Pero su madre en un principio, después su ministro D. Alvaro de Luna, y por último su segunda esposa Isabel de Portugal, le impulsaron á actos de debilidad y de crueldad, origen de remordimientos tardíos que alteraron su razón. Su reinado se pasó en querellas y en hostilidades incesantes con los señores, que hasta llegaron á cogerle prisionero. Rebelóse á su vez el pueblo, dió muerte á los judíos, y exigió la deposición de D. Alvaro de Luna, á quien D. Juan abandonó al furor de sus enemigos. De su primera esposa había tenido á Enrique IV, el cual le sucedió en el

trono: de la otra á D. Alfonso y á la célebre Isabel, protectora de Cristóbal Colon.

Enrique IV, príncipe débil y disoluto (1450), se dejó llevar por intrigas y fué generalmente menospreciado. Su libertinaje le había enervado hasta tal punto, que D.^a Juana de Portugal, su esposa, solicitó la anulacion de su matrimonio por causa de su impotencia. Sin embargo dió á luz una hija que fué reconocida por el monarca: hizo todavía más, tomando por ministro á D. Beltran de la Cueva, reputado por padre de aquella niña. Indignados los castellanos al verle educar una hija, fruto de un adulterio, y que se proponía elevar al trono, se sublevaron en contra suya, y nombró por heredero á Alfonso su hermano, á condicion de que se casaría con la joven infanta, llamada Juana. Esto no impidió la guerra: formaron los insurgentes proceso al rey bajo la figura de un maniquí, y fué depuesto con ignominiosas ceremonias sin que pudiera con las armas tomar venganza de tamaña afrenta. Habiendo muerto Alfonso, Isabel, último vástago de la raza de Pelayo, fué proclamada heredera del trono, y por tal la reconoció Enrique. Entonces fué cuando conociendo la conveniencia de reunir las dos monarquías, Isabel fué prometida en matrimonio al rey de Aragón, bajo condiciones de seguridad y decoro para los castellanos. Enrique IV, sin cuyo conocimiento se habia hecho este acomodo, trató de impedir que se llevara á cabo, é hizo alternativamente la paz ó la guerra, segun el capricho de sus ministros, hasta el instante que exhaló el último aliento, considerado como perfecto ejemplo de un mal príncipe. Por su testamento, en el cual volvió á declarar á Juana por su hija y por su heredera, legó á su país una guerra con Alfonso de Portugal, prometido esposo de esta princesa; pero vencido, como ya hemos indicado, renunció á este matrimonio, así como á toda clase de pretensiones. Juana tomó el velo y Fernando é Isabel fueron proclamados reyes.

Aragón.—Jaime II de Aragón, que habia renunciado á la Sicilia (1291) para suceder á su hermano Alfonso III, conquistó á los pisanos la Cerdeña, y reunió á su corona Valencia, Cataluña y Mallorca (1319). Adquiriendo el sobrenombre de Justo, supo juntar la prosperidad interior al lustre con que rodeó su reinado. A beneficio de su administración equitativa mantuvo la paz Alfonso IV. Pedro IV, denominado el Ceremonioso, reunió de hecho las islas Baleares al reino. Quitó á los señores el derecho de empuñar las armas en contra del rey enviando al suplicio á los que usaban de él. Hizo cambiar el servicio feudal en una contribución cuyo producto sirvió para asalariar tropas que no dependían más que del jefe del Estado; pero no logró disminuir el poder inmenso del Justicia. Sibila, su quinta esposa, se vió fuertemente acusada de haber acelerado el fin de la vida de su marido poniendo en juego toda clase de sortilegios: y esta acusación dió margen á que fueran condenadas á muerte gran número de personas, y